

Y en ocasiones, asume posturas de maridial, rasgos de cuento de hadas, como en este *Presente del poeta*:

Con un rayo de sol, con la más chica
gotita de rocío al cabo de él,
yo le haré a vuestra niña un cascabel:
nunca deje de oír cómo repica.

O se condensa en estampas impersonales su agudeza de visión que comunica a la realidad una vibración luminosa, como en el epigrama *De la gaviota*:

Sobre las aguas tersas, fino y cortante, flota
su vuelo, blanca hoja de puñal damasquino,
y en las olas, combadas cual pecho femenino,
una herida de luz abre la gaviota.

Y ya suscita, en derredor de una figura,
sea una pecadora, la idea misma del
pecado, en su símbolo eterno. *De una
cortesana sola en un coche*:

Es tu mirada vanidad estulta;
mas cansada por fin del insistente
mirar, con lenta gracia de serpiente,
te recoges y quedas toda oculta
detrás de tu mirada indiferente.

Sin que falte, de pronto, la nota íntima,
de confesión, que saca el corazón a primer término y descubre su llaga, aunque el que hable no sea el poeta, sino *El arrepentimiento*:

Señor, mi cuerpo castigué
y reposo no hallé,
que el recuerdo de mi pecado
como perfume envenenado
del cuerpo no me lo quitó.

Es este mi arrepentimiento
y mi remordimiento,
que el recuerdo de mi pecado,
como perfume envenenado,
en mi carne vivo lo siento.

Aquí se siente ya una nota que luego el poeta hará vibrar por cuenta propia en los libros capitales de su lírica, en que se reflejan, de una parte, los afectos del hombre, seguros y purificados, a partir del *Cántico sereno*, en donde proclama la trascendencia del amor:

...Tal te contemplo, mujer, cual si espejo
fuera del mundo tu quieta mirada;
y más allá la eternal complacencia
y el amplio gesto del gozo bendito;
la percepción de las cosas eternas,
cuando ante ti se liberta mi polvo
de los diarios, dispersos apremios,
cual si la muerte mi lado buscara...

Esta solemnidad de tono, esta evocación de lo eterno junto a lo temporal y pasajero es ya condición inherente a la poesía de López-Picó, en sus cantos mayores, la *Elegía*, de 1925, la *Invocación secular*, de 1926, el recentísimo *Epitalamio*; de los tres libros de sonetos, *La ofrenda*, *La nueva ofrenda*, *Secuencia de la primera ofrenda* que contienen algunas de sus más profundas notas líricas, al lado de las cuales aun no se agota la inspiración plástica de que brotaron los epigramas primeros y florece una corriente de poesía en formas populares y giros graciosos, menos penetrante sin duda que la solemne y maciza expresión de poeta difícil que se admira en los

libros citados y con la cual se asegura López-Picó un lugar enteramente propio entre sus émulos.

No cabe dar idea, aquí, de esos cantos mayores, que no revelarían lo que son algún fragmento o resumen; pero sí de los sonetos en que se halla al hombre frente a su vida y su muerte, frente a sí mismo y frente a Dios:

Yo detener mis pasos no sabría.
Sigo adelante, solo, mi camino,
sin hacer caso de apariencias frías,
y lejos de mí propio me imagino.
Mas ocurre que a darme compañía
llega la voz profunda del destino
y me dice:—Oye bien: tu lejanía
dejó el pasado, y vivo a ti se vino.
Y tornan el zumbido y el ardor
de aquellas horas que creía muertas,
y empiezan a vivir en derredor.
Fuí de mí, con mis actos, fundador...
De lo que hice tras pasé las puertas:
hoy es cuando lo miro con temor.

Así es la primera *Ofrenda*. En la *Represa*, no es sólo aquella exploración íntima, sino el temblor de la *Elegía*, quizá el más bello de sus cantos, compuesto de líricas enlazadas entre sí, lo que se percibe: dice en la *Elegía*:

Tu silencio, escondrijo, nos recata
contra el castigo, que es casi animal,
cuando ves que el pavor nos arrebató
presintiendo el vecino temporal.
Tú nos lo alejas, Dios, y la ruina
diaria el cuerpo no marchita así.
Y aceptamos la vida que declina,
sin que el dolor manche la paz, por ti.
Tú, Dios callado. Y luego ve, si falta

Enrique Díez Canedo

Madrid, abril de 1931.

El retorno a Lastarria

(Viene de la página 380)

cuando la pasión y el interés urgen. Lastarria seguramente no lo dió; pero nadie puede asegurarnos de que sus discípulos—caso de tenerlos—hubiesen mantenido la integridad del maestro. La *Memoria* del año 44 y el *Bosquejo histórico de la Constitución del Gobierno de Chile... de 1810 hasta 1814*, así como su *Juicio Histórico sobre Portales*—este por otras razones—, no cuentan ya como trabajos históricos. En efecto, esos historiadores que Lastarria considera inferiores, los que se han perdido «en la narración de consejas vulgares», han acumulado datos que invalidan las conclusiones del autor de *Recuerdos literarios*. Lastarria, en suma procedió con precipitación y sin suficiente dominio de la materia histórica que quiso plasmar a su capricho.

Esto lo previó con clara mirada el señor Bello en sus trabajos de impugnación a Lastarria y en otros escritos que surtieron el mismo efecto. A esas páginas ocasionales donde, sin embargo, resplandece la sin igual cultura humanística y científica de don Andrés, se debe el nacimiento de la historia enmorada de los hechos que ha padecido

de ante la vista el libro, el mirar claro vivas las formas naturales, muchas. Hablar queremos y el coloquio salta de una sola certeza, único amparo: decir: Señor!—sabiendo que tú escuchas.

La visión de este Dios silencioso sigue en los sonetos complementarios de la primitiva *Ofrenda*, que son de 1930, de la Op. XXIV:

La vida en dos caminos. La hosquedad
de un silencio en que Dios trabaja y calla;
y a otro lado, imponente, la batalla
de mi coloquio con la soledad.
Escenas diferentes en un drama,
coloquios y silencios, Dios y yo.
Cuántos comparsas piden puesto, y no
osan vestir la túnica de llama!
Y el desenlace que jamás se ve,
camino errado que seguí consciente,
pregunta sin respuesta coherente:
buscaba a Dios, conmigo me encontré;
si a mí me busco, un punto se me deja:
línde en que Dios de mí ya ni se queja.

Faltan en estas notas reflejos de los instantes de emoción civil que surgen a través de la inspiración más íntima, o que le dan nuevo color, y de la poesía hogareña—aunque algo se atisbe, en su manera trascendental, en el fragmento citado del *Cántico sereno*. Pero López-Picó no es un poeta que ha cerrado ya el ciclo de su obra. Se renueva constantemente, ahondando en sí. Y, junto a sus actividades adjetivas, tampoco abandonadas, corre todavía abundante la vena de su poesía cardinal, en ondas lentas y anchurosas, como las del río que se acerca a la desembocadura.

Chile durante tantos años. En un artículo de *El Araucano* sobre el *Bosquejo Histórico* de Lastarria tantas veces citado, Bello decía:

Primero es poner en claro los hechos, luego sondear su espíritu, manifestar su encadenamiento, reducirlos a vastas y comprensivas generalizaciones. Las leyes morales no pueden rastrearse sino como las leyes de la naturaleza física, deletreando por decirlo así, los fenómenos, las manifestaciones individuales. Aquellas sin duda nos harán después comprender mejor las individualidades; pero sólo por medio de estas podemos remontarnos a la síntesis que las compendia y formula. (*Obras completas* de don Andrés Bello. Volumen VII. *Opúsculos literarios y críticos*. Pág. 101).

Más adelante, en vista de nuevos argumentos que acopiaba don Jacinto Chacón, defensor de Lastarria, en favor de la teoría de éste, el señor Bello aclaró y completó su pensamiento en varios artículos que son el punto de partida de nuestra historia y que en esos momentos de preparación y de alumbramiento de la generación de nuestros grandes cronistas tuvieron una importancia no igualada.